

Boletín Noticiosario del Ateneo Obrero Cultural

GRANOLLERS : CALLE DE TARAFÀ, 55

ART. 1.º Siendo exclusiva y esencialmente cultural la finalidad del Ateneo, no pueden, la Junta Directiva ni los socios, realizar en nombre y representación del mismo, actos públicos de significación política ni religiosa; no obstante, dentro del mismo podrá discutirse y estudiarse toda tendencia, escuela o doctrina.

(De nuestros Estatutos)

¡Siembra!.....

Siembra ideas de bondad, de redención y de justicia, puras y luminosas como las estrellas que constelan el firmamento.

Siembra a manos llenas tu rica sementera de ideales generosos y divinos.

Siembra el precioso cereal del amor, de regeneración y de fraternidad humana.

Siembra con esperanza de recoger delicados y sabrosos frutos que aprovechen para que el género humano pueda alcanzar la paz, la armonía y el bienestar más completos.

Siembra con sinceridad, con nobleza y con dignidad.

Pero, si después de haber removido profundamente con mano viril la tierra con el hierro templado de tu voluntad; si después de haberla regado con el sudor de tu frente y haberla abonado con el fósforo de tu cerebro y con la sangre de tu corazón, ves que aun el trigo más cuidadosamente seleccionado deja de dar su natural rendimiento y que, si germina en el surco, contemplas con desconsuelo y amarga pena como a ras de los terrenos salen los brotes enfermos para convertirse en esmirriadas mieses, después de haber regado el campo con lo más valioso de tu ser, vuelve a sembrar. Y si se repite tu fracaso, siembra aún una y otra vez, hasta agotar tu paciencia y todas tus esperanzas. Y cuando estas se hayan extinguido y te hayas convencido de que has estado sembrando en tierra de maldición, en la que el estiércol se vuelve hiel, en tierra que, por arte diabólico, la simiente del rico trigo se convierte en ingrata cizaña, no desistas de sembrar.

Mas, cambia de tierra. No continúes sembrando en la misma. Desiste de tu vano empeño, pues pierdes el tiempo de una manera miserable. Las tierras en que hasta aquí has sembrado, son baldías y están completamente esquiladas. Busca otras de grosura más apropiada y allí vuelve a sembrar, con la misma fe, con el mismo tesón y el mismo entusiasmo, hasta que tu semilla dé ciento por uno.

Abandona las tierras estériles e infecundas, en donde sólo vegetan seres de alma ruín, que sólo se mueven por la maldad y la estupidez. Son seres de voluntad atrofiada, de inteligencia berroqueña, de cerebro ancestral, y en sus pechos sólo anidan los sentimientos más bajunos.

Abandona los yermos del mundo, busca sus tierras feraces, acariciadas por las auras más puras, por las brisas más castas y por los dulces y vivificantes efluvios del sol, regadas por abundantes, frescas y cristalinas aguas; dirígete a ellas por senderos de luz y verdad y prosigue incansable tu siembra de bondades, bajo la bóveda azul del firmamento tachonado de puntos de oro, escuchando los dulces trinos de las aves y los cantos de alegría de la parte sana de la Humanidad y allí espera seguro y confiado contemplar los rubios trigales sembrados por tu mano y por los que te hayan ayudado.

¿Renunciar a sembrar en favor de tus semejantes? ¡Jamás! Pero continúa sembrando, procurando que tus esfuerzos y desvelos no resulten nulos eternamente.

¡No renuncies a sembrar!

¡Siembra!...

JOAQUIN ESTRUCH

La multitud ni disimula, ni perdona, ni compadece. — X. X.

DE ARTE

«La misión del arte — dice Ruskin — consiste en embellecer al pueblo. No hay duda de que existió un arte en países cuyos individuos no eran todos bellos, sinó que hasta sus labios eran gruesos y negra su piel, porque el sol los había mirado. Pero jamás hubo arte en un país de caras empalidecidas por un miserable trabajo en el que los labios de la juventud, en lugar de estar llenos de sangre, los adelgazara el hambre o los deformara el veneno.»

Un viajero inglés, que ha recorrido el Oriente, nos cuenta una anécdota que permite juzgar el valor del precioso concurso ofrecido por las protecciones oficiales al desarrollo de las ciencias y las artes. Un alfarero, en los bordes del golfo pérsico, había logrado fabricar vasos de una notable belleza. Un día el gobernador de la comarca recibió orden de enviar al alfarero a la corte. El desgraciado artista dióse cuenta, en seguida, de lo que iba a ocurrirle encerrado en un palacio, en donde pasaría a ser un verdadero esclavo obligado a trabajar gratuitamente para los cortesanos y los príncipes, de quienes tendría que sufrir los caprichos y la humillación de ciertos consejos. Reuniendo todo el dinero que poseía, fuese con él al gobernador y le suplicó dijera que el alfarero había desaparecido de la comarca y que no lograba encontrarle. Desde entonces, el desventurado artista se guardó mucho de no construir otra cosa que no fuese vulgar alfarería.

«El arte es la vida», dijo Juan Baffier, el obrero escultor que tanta pasión y placer puso en tallar en el mármol la noble y pura figura de la campesina, su madre y la de los bravos campesinos y prudentes jardineros. ¡El arte es la vida! Desde el momento en que el trabajo apasiona, desde el momento en que proporciona placer, el trabajador se convierte en artista, embellece su obra y le da un carácter de duradera universalización, pues que todos la admiran. Aún que no haga más que alfileres, dijo Diderot, es necesario que el trabajador esté enamorado de su oficio. Al campesino le gusta que contemplen el surco derecho y de una profundidad igual que su mano ha trazado; el arriero pone toda su gloria en medir bien el equilibrio de la carga sobre el animal y en engalanarlo con flecos; cualquier obrero que no esté envilecido y privado de iniciativa, quiere poseer un

instrumento de trabajo que sea, además de perfecto, de agradable ver, y él mismo escoge la madera y el metal de que se compone, lo ajusta y lo decora de ornamentos y de dibujos. Hasta aquellos mismos trabajadores cuya obra desaparece tan pronto como está terminada — los segadores, los vendimiadores, — no dejan de ser artistas en su modo de manejar los útiles del trabajo y se cuentan sus proezas de rapidez y de resistencia en el esfuerzo. Cada profesión tiene sus héroes, hasta en estos pequeños lugarejos que constituyen un pequeño mundo, y cada uno de estos héroes halla poetas que perpetúan su renombre, sobre todo durante las largas noches invernales, cuando las llamas calientan el hogar y con su luz dan a todas las cosas la impresión del misterio y de la intimidad. De estos humildes hogares del arte primitivo han salido nuestras epopeyas y nuestras arquitecturas, y mientras subsistan lugares pacíficos para el trabajo placentero, como éstos, tenemos confianza en el porvenir del arte. De esta célula inicial acaso salga la ciudad del porvenir.

Y no es únicamente la restauración y embellecimiento de nuestras ciudades lo que esperamos del hombre convertido por la libertad en artista: contamos con él para que renueve la belleza de las campiñas adaptando todas sus obras al ambiente de la naturaleza, de modo que nazca, entre la tierra y el hombre, una armonía dulce a la mirada y reconfortadora de los espíritus. Admirables de belleza pueden ser hasta los grandes edificios tan sólo con que los constructores comprendan el carácter del sitio de su emplazamiento y que la obra del hombre esté de acuerdo con el trabajo geológico de los siglos en un armonioso conjunto. De este modo, un templo griego desarrolla y adorna, si así puede decirse, los contornos del peñasco sobre el cual se asienta, formando de él parte integrante y, dándole un sentido más elevado, lo transforma, lo glorifica y lo armoniza con un ideal superior del hombre. En cambio, hay cumbres que profanarían las aristas de cualquier monumento, y sentimos una verdadera impresión de asco cuando vemos que arquitectos insolentes, pagados por hosteleros sin pudor, se han atrevido a edificar enormes bloques rectangulares enajados de simétricas ventanas y coronados de humeantes chimeneas, enfrente de soberbios picos de granito, en medio de campos de inmaculada nieve o al lado de ríos de azulado hielo que serpentean en los valles de las montañas. De este modo los hombres han afeado muchos paisajes grandiosos de Suiza y de otras comarcas, sin tener para nada en cuenta que los amantes del misterio de la naturaleza se alejan con repugnancia de la multitud chillona y estúpida que se lanza al asalto de los peñascos del Zermatt y van a buscar los apartados lugares que no ha manchado aún la moda banal.

E. R.

En defensa del pagès

A Phileas Lebesque, un pagès d'un poblet de França, anomenat La Neuville-Vault li ha estat concedit el Premi Morèas. Aquest genial pagès, gran humanista, complementa les feines del camp amb les tasques intel·lectuals.

Ha guanyat el premi com a poeta; però ell també excel·leix en diverses branques del saber humà. Heu-vos ací un home exemplar, excel·lent llició per als ciutadans urbans.

Per a molts dels ciutadans de la ciutat, l'ofici de pagès és considerat com una professió menyspreable. Els apar que el mot «pagès» és sinònim d'ignorant i poc hàbil, però cal reconèixer que és ofici tan noble i digne com pugui ésser-ne un altre i que molts «pagesos» (principalment els de terres baixes) sense arribar a ésser uns genis, com Lebesque (no hi ha dubte que és un geni), alternen el conreu de la terra amb el conreu de l'esperit, dedicant hores de llur descans a la lectura del periòdic o del llibre.

Però, fins en els casos en que llur ignorància és excessiva, cal tenir en compte la impossibilitat en que casi es troba sempre



La Mort

Le seul bien qui me reste au monde
est d'avoir quelquefois pleuré.

(A. de Musset)

*Oh, Mort, que en la vida m'acompanyes!
¿Per què goses corgelar-me fref a fref?
Deixa'm, Mort, retornar aquella calma,
si al fi has de trobar-me
quan sigui ja tot fred.*

*P'oro, Mort, quan tancat dins de ma cambra
el pensament s'enlaira per' definir a Déu.
Tú t'interposes i em signes, menyspreable.
Digues: ¿sóc culpable,
si no sento el batec seu?*

*Sofreixo, Mort! I t'arrapes, despiadada,
ara que el meu pit s'acostumava a tot?
Ai, de mí, que m'apar sentí el teu llavi!
¿Per què no sóc prou savi
o bé inconscient de tot?*

*Oh, Mort maleïda, que amb veu sorda
fas que al meu no hi degoti més que fel!
Veste'n, oh, Mort! No em treguis l'alè d'aire,
o agafa'm la testa enlaira
i fes-me creure en un cel.*

FRANCESC SERRA



la gent del camp per a adquirir uns coneixements fonamentals d'instrucció; per la qual cosa tal ignorància jamai deu ésser motiu per a riure i menys un pretext per a tractar-los despectivament; els que així procedeixen, palesen que llur consciència i llur cultura estan a un nivell ben baix. Caldria preguntar quants són els ciutadans que, aprofitant les facilitats que gaudeixen per a instruir-se, estan en proporció al nivell de la «pagesia».

També sol ésser motiu de riota veure la desorientació d'un «pagès de muntanya» dintre els laberíntics carrers de la capital. Quelcom semblant ens passa a nosaltres si ens desplacem fora del nostre element, la ciutat; desconexedors del terreny llà on petxem, ens trobarem com vençuts, sense saber vers quin camí seguir; llavors ens veurem obligats a demanar orientació a quiscun d'aquells senzills pagesos dels quals a ciutat ens haurem burlat. Doncs, què és d'estranyar llur desorientació, a la ciutat, si a nosaltres ens passa el mateix al camp?

I encara més, els residents a les capitals, que són els que viuen més allunyats del camp, quan per atzar s'hi desplacen demostren un desconeixement tan gran de la més elemental pràctica del conreu de la terra, com així mateix dels seus fruits, que, senzillament, toquen en el llinard del ridícul.

Clar que a un ciutadà urbà, pel sol fet d'ésser-ho, no se li pot demanar coneixements de totes les coses, encara que rudimentaris. Però sí hem de remarcar que la ignorància és equiparada per igual, i si reconeixem naturalíssim que els homes de ciutat desconeguin les pràctiques agrícoles en el camp, és just també reconèixer natural que els pagesos no coneguin les pràctiques i costums de ciutat.

Es necessari, si més no per dignitat humana, un respecte per a tothom; cal desterrar de nosaltres el sentit d'ignorància que donem al mot pagès; i pensem que quiscun d'ells, encara que mancats d'uns coneixements tan amplis com el francès Lebesque, mereixedor del premi Morèas, ens podrien donar llicions de refinada cultura a molts ciutadans urbans.

MARCEL

«No es bien singular que la sangre establezca tantas distinciones entre el género humano? ¿Y cual es la razón? ¿La sangre del plebeyo, no vale tanto como la del más grande señor? — Corre en sus venas con la misma ligereza, espesada del mismo modo, de la misma manera colorada, y ardiente.

SHAKESPEARE

La Rifa i els Reis

A últims de desembre, la rifa de Nadal; a primers de gener, els Reis. Heu-vos ací l'últim treball de l'any que es mor, i el primer esclat d'innocència en l'any que neix; dos anhels de sentiment ben oposats; avarícia en l'un, ingenuïtat en l'altre.

La rifa de Nadal, per als homes fets, és l'última esperança de l'any. En un tròs de paper numerat dipositen totes quantes il·lusions i neguits l'afany del diner pot produir; en son estat neguitós compten els dies, les hores i fins els minuts que els falten per a ésser rics. Fins a la confrontació amb les llistes, l'arribada de les quals coincideix amb la mort de l'any, no s'els moren també llurs il·lusions.

La rifa de Nadal és l'epíleg de l'any; epíleg gris, grotesc com ganyota de pallasso, sense calor, que deixa defraudada aquesta munió de gent que ja es veu rentista pel sol fet d'haver adquirit (potser amb veritable sacrifici) una participació del sorteig. Després, cares tristes i llargues; la realitat de cada dia; la recerca del gran miracle d'«anar tirant».

Els reis, és al revés. Esperances que rarament fracassen en tendres infants; rialles i alegria en gent novella que arriba ben ignorant dels miraments que imposa el titànic vedell d'or.

Gaspar, Melcior i Baltasar! Heu-vos ací tres noms de tres herois de llegenda en els quals la infantesa posa llurs il·lusions. En el primer pas en la vida els han dit que els reis magnànims els portarien tot quant demanessin, i així ho han fet; han demanat de tot i força. El naixement de l'any no pot començar millor: alegria pels petits i complaença pels més grans.

La infantesa té un símbol de benaurances: els tres reis de l'Orient. ¿Per què els homes ja fets no en troben un altre, missatger de pau i tranquil·litat? Si això fós possible, al menys l'avarícia no rosegaria les tres quartes parts de la nostra vida i ella perdria una ruta que tot l'any seria com una franca riulla, com una bella estela del nostre pas per la terra.

No essent així, com els petits, a mida que es fan grans, les jòguines abans desitjades les voldrien de debò, perdent llur innocència i per tant la confiança en la magnanimitat dels reis de l'Orient, que ja no els porten res. I és llavors, que ja majors, creix la seva avarícia i posen a la rifa, sofrint igual desengany com aquells noiets als quals els reis no els porten res.

CUCH

Revisado por la censura gubernativa

La inteligencia y las manos

Hace pocos días, un carpintero discutía con un periodista.

El carpintero llamaba al periodista, con cierta delectación burlesca, «intelectual».

El periodista se extrañó, aunque no mucho, y dijo:

— Los carpinteros sin inteligencia son unos desgraciados. ¿Trabajas con las manos o con los pies, amigo carpintero?

— Con las manos.

— ¿Quién dirige tus manos, alma grande? ¿Son como piezas de una máquina? Entonces eres despreciable.

— Las manos trabajan mediante la inteligencia.

— Luego, tu esfuerzo es inteligente y no mecánico

— Naturalmente.

— Yo también trabajo con las manos cuando escribo. Ahora, que las palabras pasan por el cerebro. Has dicho una verdadera tontería, amigo carpintero. Tú, como yo, trabajamos con las manos. Tú, como yo, al trabajar con las manos, necesitamos de la inteligencia. ¿Por qué estableces diferencias llamándome intelectual con intención tan poco piadosa, como si quisieras dar a entender que mi oficio no es manual y que es despreciable?

— No lo decía por tanto.

— Es posible, amigo carpintero, pero me permitirás que lo ponga en cuarentena. Si tratas de planear tabiques entre lo manual y lo intelectual, te diré que eres un ignorante. y si no tratas de eso, al decirme lo que me has dicho eres un mal intencionado. Elige. Los hombres hacen lo que no pueden hacer las máquinas; son dominadoras de éstas y además las construyen. Para lo primero y para lo segundo, como para lo tercero, hay que ser intelectual y manual a la vez. No lo olvides; pero olvida en cambio reírte de un oficio que no es más digno que el tuyo, pero tampoco menos, amigo carpintero.

X

La verdadera educación no empieza sino al salir de las escuelas: uno se la hace a sí mismo, dirigido libremente por sus convicciones, sus experiencias y su posición particular.

ALOYS

No hay cosa más difícil que el conocerse a sí mismo. No hay cosa más fácil que el dar consejos.

THABES DE MIBETO

UNE NOUVELLE

La son i l'esperit

Dies enrera, en un diari de l'altra banda dels Pirineus, llegí una notícia que de bell nou m'omplenà d'una alegria sols comparable a la que experimenta una dona quan logra enganyar qualsevol home.

Un savi del país dels grans sensacionalismes havia descobert un reforçant per a les celles, qual reforçant permeïria a la humanitat romandre continuament desperta. En una paraula, havia trobat l'anul·lament del dormir.

Aquest descobriment, en el qual la immensa majoria de felços mortals no hi sabria entrellucar motiu per l'entusiasme, representaria, per a molts, la cobejada solució ideal.

Hi ha en el món uns quants desgraciats (entre aquests, un servidor de vostès), amb un sobrepuix d'ocupacions sobre les hores efectives de que hom pot disposar per a dormir: cinc o sis; com qualsevol sogra vulgar.

Clar que, d'ésser cert aquest nou descobriment de la ciència nord-americana, vertader alliberador de l'antipàtic reialme de Morfeo (antipàtic pels que ja somnien desperts), sols afavoriria a quatre preocupats i amb un devassall de tecles a tocar; a més que amb seguretat els nervis farien estralls en pocs dies en tots els «celles forts», com també tots els representants de la ciència mètdica i ordenada farien una propaganda activa presentant batalla al seu col·lega ianqui sens compassió.

Però encara que sols fos per uns dies, s'evitaria la tragèdia que es planteja a tot individu que, després d'una jornada de treball, sent la necessitat espiritual de devorar les pàgines succulentes d'un llibre o be d'acabar qualsevol treball literari i la titànica son l'abalteix, fent-lo entrar en el diari tribut al reialme de Morfeo

Llavors, en aquells moments, quan cauen les celles pesadament damunt dels ulls, interposant-se entre el món idíl·lic en que voldriem viure i el món panxacienta de la son, hom pensa melangiosament en aquella *nouvel·le* llegida en un diari de l'altre part del Pirineu, tan sensacional, que no hem vist confirmada, i és llavors quan alguns escriptors i homes de lletres, subconsciousment s'empassen l'última copa de qualsevol metzina a base d'alcohol o s'intoxiquen amb qualche estupefacient acabat en «ina», que els soluciona, almenys de moment, la tragèdia, tot allargant fins a punta d'alba, la segona jornada del dia, la que és més plaenta, la que hom voldria dedicar íntegra a l'esperit.

D. C. I O.

Un sistema filosófico

El sol calentaba aún tibiamente. Sus rayos no eran ardientes caricias de amante, sino suaves y dulces ternezas de madre.

En un claro del bosque, sentados a la sombra de unos arbustos, almorzaban dos amigos: el telegrafista Nadkin y el señor Kurochkin, hombre sin profesión conocida. Según él, era negociante y tenía a la venta minas de oro en los Urales, extensos bosques en la frontera persa, manantiales de aguas medicinales en el Cáucaso y otras mil riquezas. El valor de sus artículos valían millones de rublos; pero como los habitantes de la oscura ciudad en que habitaba eran gentes humildes, sin aspiraciones ambiciosas, no había realizado aún ningún negocio y se hallaba a la cuarta pregunta. Las suelas de sus botas manifestaban un empeño manifiesto en separarse del resto del calzado, y sus ropas, compradas ya no muy nuevas de lance, habían envejecido de un modo lamentable sobre su descarnado cuerpo; y por si esto fuera poco, su estómago estaba casi siempre vacío.

Nada de eso era óbice para que el negociante se distinguiera por su dinamicidad, su buen humor y su optimismo. Esperaba vender algún día sus minas de oro y poder comenzar una vida digna de su genio.

El telegrafista, por el contrario, era perezoso y apático; su recreo predilecto era tumbarse en la cama, en la hierba, en cualquier parte, hundido en sus reflexiones filosóficas. Sus amigos le llamaban «el hombre yacente».

Si hubiera estudiado seriamente durante los años mozos, acaso habría llegado a ser un filósofo de profesión; pero su carencia, no sólo de cultura, sino de instrucción sólida, no le había permitido «realizar su esencia». Hasta le faltaban palabras para formular sus vagas concepciones filosóficas.

Su aspecto exterior era por el estilo del de su amigo Kurochkin: los filósofos suelen descuidar lamentablemente su «toilette». Su guerrera de telegrafista brillaba tanto, que parecía cubierta de una capa de grasa; su gorra era de una edad tan remota, que la visera se mantenía unida al aro por un verdadero milagro; sus pantalones remataban en flecos, adorno caído en desuso.

Era el primer día de Pascua.

Los dos amigos, completamente dichosos, saboreaban el hondo placer de vivir. Sobre sus cabezas, semejante a una inmensa copa invertida, sonreía el cielo; tenían por asiento y mesa el suelo campesino, cubierto de hierba primaveral; ante ellos, sobre un periódico extendido, había seis huevos duros de cáscara coloreada, una gallina asada, medio metro de salchichón ucraniano, un sabroso pastel de Pascua y una botella de «vodka». Aquello era suficiente para celebrar con decoro la gran fiesta y para que los comensales estuvieran bienhumorados.

Comían y bebían como verdaderos gastrónomos: despaciosamente, recreándose en cada bocado y en cada trago. Todo el día era suyo y no tenían prisa. El cántico

ESCRITORES DESCONOCIDOS Y AUTORES OLVIDADOS

ARCADI AVERCHENKO

No hay en todo el mundo una literatura tan rica en humorismo como la rusa. En todas las grandes obras de los autores rusos, brilla, como uno de sus matices más refulgentes, el humorismo. Es un humorismo de categoría eminente, porque es espontáneo, natural, sencillo. El humorista que piensa de antemano en las armas que va a esgrimir, ya no es un gran humorista. El lector avisado encuentra, sin tardanza, la hilaza de sus razonamientos. El efecto del humor, de este modo, pierde gran parte de su importancia. Se ven los hilos conductores de la trama, y, naturalmente, ésta aparece burda aún en aquellos casos en que está urdida con cierto primor.

No hay en el humor categoría más alta que la espontaneidad. La sorpresa, lo inesperado, son los elementos de más fuste humorístico. Los novelistas rusos, en general, son humoristas de esta eminente manera.

La vida es por sí misma humorística en muy alto grado. Describir sencillamente la vida, es ya humorismo. No hay ni un solo hombre en el mundo que no haya estado colocado alguna vez en una situación propicia al humor.

Estamos hablando del humor como elemento estético. La burla es otra cosa; la ironía también es algo distinto, y la sátira se halla asimismo muy lejos del humor visto de este modo, que es, a nuestro juicio, el más certero de todos.

Hasta en las novelas más trágicas de los escritores rusos, asoma, en escenas dramáticas, un matiz humorista, nunca forzado, que sería feo y antiestético, sino natural, obligado, imprescindible.

Arcadi Averchenko es, en nuestros días, el más alto y fino representante de ese humor de la literatura rusa.

A Gogol, el más humorista de todos; al mismo Dostoievski, que hizo con «El eterno marido», una obra maestra del género; a Chejov, tan penetrante en sus bellos escritos humorísticos; a Andreiev, que tiene deliciosos relatos donde el humor brilla con su luz más pura, sucede con acierto y hasta esgrimiendo armas nuevas, Arcadi Averchenko.

Conocemos de este escritor, hasta ahora, una multitud de cuentos maravillosos,

lejano y solemne de las campanas despertaron en su alma vagos recuerdos infantiles y deseos más vagos aún.

Nadkin había adornado su pecho con un ramito de flores silvestres y Kurochkin se había sujetado las suelas con unos bramantes y se había lavado en el cercano arroyuelo la cara y las manos.

El telegrafista, cuando hubo llenado la andorga a su gusto, tendióse boca arriba, cara al sol; entornó los ojos y suspiró:

—¡Qué delicia!

—Verás—apuntó Kurochkin—que vida nos damos cuando yo venda los bosques de Lenkorán. Siempre iremos de frac y beberemos champagne a todo pasto. De los bosques me reservaré algunos centenares de hectáreas. A tí te cederé terrenos a la orilla del mar y yo me haré una quinta en la frontera persa.

¡Gracias! ¡Eres un amigo excelente! ¿Quieres un cigarrillo? ¡Cázalo!

Kurochkin cogió el cigarrillo en el aire, y los dos amigos se pusieron a fumar. Sus ojos miraban con atención como ascendían lentamente las espirales de humo.

—Claro—exclamó Nadkin, tras una breve pausa,—que el frac, el champagne, la quinta a orillas del mar, no me desagradarían; pero...

—Pero ¿qué?

—Pero se puede ser feliz sin eso.

—¿Crees?

—¡No creo, estoy seguro!... Además, ¿para qué amontonar riquezas? La vida, tarde o temprano, acaba en la nada.

Calló el telegrafista, clavando una mirada buceadora en el cielo, como si buscara en las misteriosas profundidades del espacio la clave de todos los enigmas.

—¿Qué ocurrirá—prosiguió—cuando yo me muera?

Kurochkin sonrió desdeñosamente.

—Habrá un temblor de tierra, un diluvio, un cataclismo—repuso, en tono irónico.

Y luego de succionar largamente el cigarrillo y lanzar una espesa bocanada de humo, añadió:

—Tranquilízate; no ocurrirá nada; tu muerte pasará en absoluto inadvertida.

—¿Si, eh?... ¡Error lamentable! Cuando yo me muera todo desaparecerá al punto: el sol, la tierra, los caminos de hierro, las ciudades...

Kurochkin se incorporó a medias, apoyando un codo en el suelo; miró un poco inquieto a su amigo y preguntó:

—¿Hablas en serio?

—¡Y tan en serio!

—A ver, explícame esa teoría.

—Es muy sencillo: mientras yo viva, necesitaré el sol, la tierra, etc.; pero cuando muera ¿qué falta me hará nada de eso?

—Así es que, según tú, todo eso existe sólo para tí, tú eres el centro de la Creación... ¡Qué impertinencia!

Con acento de la más profunda convicción, el telegrafista insistió:

—Cuando no exista yo, ¿qué falta hará que exista nada?

—Pero, ¿y los que te sobrevivamos?

humorísticos en grado sumo, pequeñas miniaturas trabajadas con arte, donde es fácil encontrar toda clase de sugerencias, aunque la más evidente y excepcional sea la del humor.

Leyéndole, nos hallamos muy lejos de lo que suele llamarse humor entre los malos literatos, que tanto abundan. Estamos seguros de que todos ellos, o la mayoría, se aburrirían con los cuentos de este escritor ruso. No hacen reír simplemente. Su humor se mete en rincones muy ocultos de los seres humanos, y sólo los que alguna vez se han asomado a estos rincones, ávidos de saber, pueden gozar plenamente toda la hondura, toda la maestría, todo el encanto de la esencia humorística que hay, por modo abundante, en sus breves relatos.

Las costumbres, los vicios, el arte, la filosofía, las leyes, los instintos, señaladamente el instinto sexual, las pasiones, las preferencias ideológicas o sentimentales, las manías, todo lo que forma la vida dinámica de los seres, aparece descrito por Arcadi Averchenko de una manera desusada, pero certera; imprevista, pero natural; arbitrariamente, a juzgar por las apariencias, pero, en realidad, de un modo al que, en último análisis, no sería posible ofrecer ningún reparo. La vida, ciertamente, es desusada, imprevista, arbitraria, no obstante ser tan natural.

No nace, no puede nacer, de un humorismo de tan alto rango, la risa desatada que producen en los lectores poco exigentes, las chuscadas de algún hilyanador de chistes dislocados. Hay en este humor una cantidad tan enorme de pensamiento, no premeditadamente puesto al servicio de un propósito humorístico, sino del que nace sencillamente el humor, que sería imposible, no la risa, sino ni siquiera la comprensión de los lectores superficiales. Estos lectores, ya lo hemos dicho, se aburrirían. Quien gusta especialmente de la chuscada, no está preparado para el goce más alto y más puro de los frutos del humor.

Como Arcadi Averchenko posee una sensibilidad exquisita, en lo que también se parece a sus antecesores rusos, late en todos sus escritos una protesta encendida contra todas las fealdades evitables de los hombres. Sus armas humorísticas clavan flechas certeras en toda injusticia, sea cual fuere su origen. Y hay una comprensión tan acabada en cuanto sale de su pluma, para los dolores inevitables de los hombres, que, cuando habla de ellos, todo su humor se resuelve en una ternura estremecida, que conmueve al lector y le hace sufrir por el dolor de los demás.

Del libro titulado «Una mujer», publicado recientemente por la Editorial Pegaso de Barcelona, he aquí, en estas páginas centrales, uno de sus cuentos más originales.

—¿Quiénes?

—La tierra está habitada por millones y millones de seres. Hay un sin número de funcionarios, de estudiantes, de zapateros, de ministros, de caballos, de perros, de loros, de «sportmen»... Y querrán seguir viviendo, aunque te mueras tú.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? ¿Crees en serio, que sin tí no querrán vivir?

—¡Naturalmente! Su existencia no tendrá ya objeto.

Kurochkin empezaba a enfadarse.

—De manera que, no existiendo tú, y nada tendrá objeto, ¿verdad?

—¿Qué objeto iba a tener?

—¡Vamos, te chancesas! ¡No puedes decir eso seriamente!

—Lo digo y lo pienso. Estoy convencido de que esa es la verdad.

—¡Qué idiota!

Kurochkin escupió indignado sobre la hierba.

Nadkin guardaba un silencio dialéctico.

—Así es—gruñó Kurochkin, lanzándole una mirada despreciativa,—que todos los generales, escritores, artistas, senadores y suripantas que hay en la actualidad en Petersburgo y en Moscú existen para tí, ¿no es eso?

—Claro. Pero en la actualidad, precisamente ahora, no existen.

—¿Cómo que no existen?

—Ni en Petersburgo ni en Moscú existen ahora teatros, ni oficinas, ni tiendas, ni seres vivientes. Su existencia sería

inútil.

—Pues ¿dónde están? —preguntó Kurochkin abriendo los ojos enormemente.

—¡En ninguna parte!

—¡¡¡...!!!

—Pero si yo realizara un viaje a Petersburgo o a Moscú, existirían en seguida. A la llegada de Nadkin, las casas surgirían como por ensalmo, los coches rodarían a través de la ciudad, se abrirían los teatros, las tiendas de modas se llenarían de señoras, los periódicos reanudarían su publicación. Y en cuanto Nadkin se marchase, todo desaparecería, se evaporaría, hundiéndose en la nada la ciudad entera.

Kurochkin tembló de cólera y no pudo, durante unos segundos, decir oste ni moste.

—¡Qué canalla!—gritó al fin—¡Dan ganas de romperte las muelas! ¡Qué estupidez! ¡Se figura que los ministros, los generales, los zapateros, los cocheros, sólo existen para él, para el señor Nadkin! ¡Valiente personaje!

A Nadkin no le ofendieron tales palabras; diríase que ni las oyó siquiera.

—Desde mi infancia—dijo monologando pensativo—estoy convencido de que antes de mí no existía nada ni existirá después de mí. ¿Para qué? Mientras Nadkin exista, existirá todo para él. Cuando Nadkin desaparezca, desaparecerá todo con él.

—Pero, si eres un personaje tan importante ¿por qué no eres rey o príncipe?

—¿Soy acaso inferior a los príncipes y a los reyes? Los príncipes y los reyes existen para mí.

Kurochkin, furioso, se sentó.

—Así es que, como yo estoy ahora en el campo, nuestra ciudad tampoco existe...

—¡Por supuesto! ¡Imbécil! ¿No ves el campanario de la catedral?

—Lo veo porque miro.

—No entiendo...

—Es muy sencillo: cuando miro, aparece; cuando vuelvo los ojos, desaparece. Si no miro, no tiene razón de existir.

—¿Habrás visto impertinencia...? No mires; miraré yo sólo. ¿A que no desaparece?

—Para mí no existirá, y basta. Lo demás me tiene sin cuidado.

Se hizo un largo paréntesis. Kurochkin, muy alterado, volvió a escupir en la hierba, tendiéndose nuevamente y se puso a silbar un aire de opereta.

—¡Oye!—gritó, incorporándose brusca-mente, como sacudido por una inspiración repentina—. Y si yo me muero, ¿desaparecerá todo también?

—Si te mueres después que yo, todo habrá desaparecido ya.

—¿Y si me muero antes?

—Si te mueres antes, todo seguirá existiendo. ¿Por qué va a desaparecer, viviendo yo? Tú eres una de las infinitas cosas que existen para mí. Vives para mí. Y morirás...

—¿Para que tú te diviertas?

—Al contrario, para que yo lllore ante tu tumba.

La indignación de Kurochkin subió de punto.

—¿De modo que yo soy un ser accesorio?

—Como el zar, como el papa, como Rothschild, que dejarán de ser en cuanto yo me muera.

—¿Y sólo existo cuando tú te dignas mirarme?

—¡Es triste, pero es así!

—Y cuando miras a otro lado ¿dejo de existir?

Nadkin vaciló un momento. Temía herir la susceptibilidad de Kurochkin; pero, por otra parte, le parecía un crimen de lesa metafísica dejar incompleto su sistema filosófico. El filósofo venció en él al amigo.

—Sí. Cuando no te miro, no existes. Tu única misión en el mundo es hacerme compañía.

Aquello era ya demasiado. Kurochkin se levantó, centelleantes las pupilas.

—¡Será canalla!...—rugió, loco de rabia—Ahora resulta que mi madre me parió, me crió y me educó para que le hiciera compañía a este indecoroso telegrafista.

¡Qué frescura! ¡Valiente personaje! Todo el universo ha sido creado para él y sólo existe para que él se distraiga. ¡Estúpido idiota! ¡Todo ha terminado entre nosotros! Y encasquetándose la gorra hasta las orejas, se alejó temblando de rabia, en dirección a la ciudad.

Nadkin pensaba, mirándole alejarse:

—Todavía existe, puesto que le veo; pero no tardará en desaparecer entre los árboles, es decir, en dejar de ser.

Una diabólica sonrisa iluminó el frío semblante del telegrafista filósofo.

ARCADI AVERCHENKO

Mamá

I

—¡Ánimo, condesa!... Un pequeñito esfuerzo más y todo está terminado... Apriete usted los labios, así, sin respirar... ¡Ajajá!... Otra vez... ¡Bravo!

—Valor, hijita, valor...

—Si es muy valiente, señor conde. Pocas he visto primerizas... ¿Otro dolor? Bueno; vamos a aprovecharlo... Muy bien... muy bien... ¡Ahora! Cuestión de dos segundos... ¡Más... más!... ¡Yá está aquí!... ¡Firme!... ¡Upp!... Admirable... todo terminó...

Se oyó un suspiro femenino, hondo, arrastrado, que parecía un lamento; se oyó un beso, como un chasquido, dado por el conde en la pálida frente de su esposa; le oyó al doctor exclamar: «¡Es una niña!...» y se oyó el gemidito de un recién nacido que traía mucha fuerza y mucha vida, a juzgar por lo acompasadamente que comenzaron a funcionar sus pulmones.

A las dos horas, reposaba la señora condesa teniendo ya a su lado, en la suntuosísima cama, a la muñequita que el cielo acababa de enviarle.

La mamá no dormía, estaba más bien en somnolencia dulce barajando en el cerebro, un poquito febril, las halagadoras ideas que le sugería su nuevo estado de maternidad.

Todo era encantador para ella: el orgullo de mostrarse al mundo como mujer en plenitud procreadora; la vanidad, que ya saboreaba, de ver su nombre en las gacetillas periodísticas que no dejarían de decir, con muy bonitos encomios, que la bella condesa había dado a luz una robusta niña; el relato, en la prensa, del lujoso bautizo; las visitas de las amigas que se morirían de envidia...

Sólo la preocupaba una cosa, desagradable. La muñequita, a quien antes de acostarla habíanle arrimado a la boca un hisopillo impregnado de jarabe, ahora dormidita, hacía con los labios movimientos casi imperceptibles, como si quisiera gustar nuevamente el hisopo. Habría que darla de mamar. Habría que arrimarla al pecho...

A la condesa la horripilaba esta idea, e inconscientemente retiró un poquito a la niña de su lado.

No, eso no... Bien sabía ella, por haberlo oído siempre, que el parir embellece i el criar envejece. Demasiado haría con sufrir las molestias del embarazo y los dolores del parto, para colocar muñecos en este mundo; pero estaba dispuesta a no pasar ni un ápice de estos límites.

Ya hablaría ella con el doctor a solas; y así como no la había negado otros caprichos durante la preñez; no le negaría

ahora esto, que no era capricho, no, antes bien una necesidad, un derecho sagrado, sacratísimo: el derecho de defensa... de su belleza.

No hubo ni necesidad de convencer al doctor. A las primeras palabras de la condesa, vió como en un espejo hasta los más íntimos reflejos de sus pensamientos.

—La señora condesa no puede criar, no debe criar, y yo no he de consentirlo aunque con ello contraríe sus hermosísimos y naturalísimos sentimientos maternales. Provisionalmente se encargará de amamantar a la niña una nodriza que yo mismo he escogido.. Y digo provisionalmente—añadió fijando su escudriñadora mirada en los ojos de la condesa—porque después de haber meditado profundamente sobre este gran problema, me siento inclinado a disponer que la niña, pasados tres meses que yo necesito también para hacer un estudio diario y concienzudo de su cuerpecito, se crie en el campo, al aire, al sol, nutrida por el licor abundante y rico de una aldeanita, como los hijos de los labriegos de carnes tostadas, músculos de hierro y sangre roja saturada de oxígeno...

El conde asintió a las indicaciones del doctor, y la condesa, dando un suspiro y enviando a la vez una mirada de reconocimiento al viejo galeno que tan bien adivinaba sus más recónditos deseos, expresó su resignada conformidad a todo lo que se dispusiese en provecho de su hijita.

A los tres meses justos, tiempo admirablemente calculado por el doctor para que la condesa sintiese satisfechos vanidades y orgullos mundanos de niña que muestra su juguete para causar envidia, la chiquitina fué llevada a la aldea.

La mamá en persona, hizo el viaje para ponerla en brazos de la guapota ventera, y el pueblo pasó absorto por delante de los señores condes admirando a la niña, y más aún las canastillas de ropita blanca como la espuma.

II

No tuvo, por fortuna, más hijos la señora condesa y embelleció tanto, que más que de soltera causaba la admiración y picaba los deseos en las reuniones del gran mundo.

La niña... la niña rebosaba salud y fuerzas en el poblacho. Se habían cumplido todas las previsiones del sabio doctor, y éste, por las insinuaciones y miradas de la mamá, comprendía que a la niña le hacía falta mucho campo, mucho campo...

Criar a los niños no sólo es darles el pecho durante algunos meses; a la alimentación de la nodriza ha de seguir la alimentación sana de los productos no mixtificados, el correr al aire y al sol

como los hijos de los labriegos, el beber en las aguas cristalinas de los arroyos, el ingerir la leche de la vaca recién ordeñada...

—La niña no debe venir por ahora del campo. Que crezca, que se desarrolle, que adquiera las fuerzas necesarias para que llegue a ser, con el tiempo, tan mujer y tan bonita como su mamá... Ya verá, ya verá la señora condesa como ha de agradecerme, pues este nuevo sacrificio que me atrevo a imponer a sus hermosísimos y naturalísimos sentimientos maternales...

Y la niña no vino hasta que hubo bien cumplido los seis años.

Sanota y tostadota, vino, pero ordinaria también.

El problema de la educación, del desbaste, del pulimento, se imponía con urgencia suprema.

El zorro galeno se inhibió en el asunto. El había dirigido y vigilado el crecimiento corporal y se sentía satisfecho de su obra. El desarrollo del alma no le incumbía. La mamá era quién había de decidir en materia tan delicada, asesoriándose, si acaso, del director espiritual, jesuita de grandes talentos, mentor del gran mundo, jardinero celoso y experto de las almas, que así sabía enderezar retoños, como injertar familias, como podar o sangrar árboles enfermos.

El padre *Bibis*, como le llamaban en los salones, por lo mucho que arrastraba la pronunciación de las *eses*, se penetró bien pronto de los deseos de la condesa.

—El Sagrado Corazón de María Santíssima está glorificado por los dolores que sufrió por su amantíssimo hijo, separándose de su lado desde la más tierna infancia. Imitemos, señora condesa, cuanto sea dable a nuestra carne pecadora, aquel celestrial ejemplo de manssedumbre.. Goce su corazón, señora condesa, con el martirio que ha de producirle otra larga ausencia de su pequeñuela. El sentimiento maternal, que es harto grossero, sólo se diviniza con el sufrimiento..

No necesitaba la mamá ni muchas *eses* ni muchas pláticas para convenirse.

Quedó convenido que la niña debía recibir su educación cristiana en un colegio de jesuitinas del extranjero, y sólo se demoró la partida mientras quedaba confeccionando el equipo de la colegiala.

La mamá en persona hizo el viaje para ponerla en manos de la superiora, que acarició a la niña, con caricias forzadas, en tanto que se oía por los corredores fuerte cuchicheo levantado entre las educandas por la presencia de los señores condes y de la nueva abejilla que entraba en la colmena.

Creció la niña, y hubo que pensar en traerla del colegio, donde acababa de cumplir las quince primaveras.

Se imponía la vuelta, no sólo por la edad de la condesita, sino por combinaciones de familia, a las que el Padre Bibis no era ajeno, que exigían el enlace de la mocosuela con un su primo segundo, sobrino, como aquélla, de un solterón cubano, con quien vivían después del matrimonio, harto rico y ennoblecido con titulejo pontificio,

Con el matrimonio proyectado se tomaban las avenidas todas de la voluntad del carcamal, se le ponía la medialuna a sus escarceos de vejete y se le echaba un nudo corredizo a su bolsa bien repleta.

Presentada la niña en la alta sociedad, y en vista de que no desairaba las cucamonas del primillos, se encargó el *trousseau* a los mejores modistos de París de Francia.

Ocho meses pasaron hasta que se celebró la boda de la muñequita.

La mamá en persona la entregó al novio ante la extasiada concurrencia, que no sólo admiraba la gentileza de la condesita, sino el rico vestido blanco, bordado de perlas, de la joven prometida.

Con aquélla, fué tres veces *mamá* la señora condesa. Madre, no lo fué ninguna.

JUAN BARCO

Libros ingresados en la Biblioteca

«Res de nou a l'Oest», de E. M. Remarque.—«Un vagabundo toca con sordina», de Knut Hamsun.—«El círculo mágico», de J. Puig y Ferrer.—«La indomable», de F. Montseny.—«Cambó», de José Pla.—«Nostra gent», de S. Rusiñol.—«La bien plantada», de Eugenio d'Ors.—«Sueño de una noche de verano», de W. Shakespeare.—«El somni», de la F. Bernat Metge.—«La platja de la Falesa», de R. L. Stevenson.—«La mort de Joan Apòstol», de P. Corominas.—«L'etern marit», de F. Dostoievsky.—«Dominique», de E. Fromentin.—«Los que teníamos doce años», de E. Glaeser.—«Diez días que conmovieron el mundo», de J. Reel.

Publicaciones recibidas

«La Nova Revista», de Barcelona; «Iris», de Mataró; «El Radium», de Barcelona; «Acción Cultural», de Sabadell; «Inquietud», de Tarrasa; «La luz del porvenir», de Sabadell; «El Presidencialista», de Madrid; «La Acción», de Tarrasa; «Monde», de París; «Minerva», de Barcelona; «Butlletí del Club Excursionista de Sans».

Advertencia

Por exceso de original, no se incluye, en este número de nuestro BOLETÍN, el programa de excursiones ni plan cultural a realizar. Dichos actos se anunciarán oportunamente.

Dialóg

—Suposo, senyor Gifreda, que ha llegit el diari d'avui. Ja deu haver vist que em dediquen un article.

—No; la veritat, don Gaspar, no l'he llegit; però tractant-se de vostè, cregui'm que tot m'interessa i procuraré tenir la satisfacció...

—No, no; s'equivoca. Jo crec que no l'hi pot produir cap satisfacció llegir una xabacanada que preten ferir els més sagrats sentiments d'un home honrat i d'ideals que ha demostrat ésser capaç de tots els sacrificis en pro i en bé de la causa.

—Així, es tracta d'una cosa sèria.

—D'una cosa sèria que fa riure. Digui'm si no invita a la riallada el que, per tot argument, i com a negació del meu catalanisme, en retreguin que tots els obrers de la meva fàbrica són castellans.

—Home, si que és... casual...

—I què té d'ésser casual!... Es natural. Vostè no sap que l'elaboració dels productes que jo fabrico, tot el que tenen de fàcil d'elaborar, ho tenen de brut i de nociu per qui els remena? Vostè no sap que a l'obrer del nostre país li repugna fer aquesta feina i per altra part està acostumat a guanyar un sou que jo no m'en sortiria. La feina és senzilla... Si la majoria són dones!

—I què guanyen?

—Quatre pessetes.

—Sí que és poca cosa. La veritat, don Gaspar, trobo que els explota una mica massa.

—Precisament aquí està el *quid* de la cosa. Creu vostè que si tingués gent del país podria vanagloriar-me d'ésser un bon catalanista? No, veritat? Així és que jo puc dir ben alt que per mí és un honor no tenir cap obrer català.

—Què li diré jo?... No deixa d'ésser una teoria. Però si un dia no trobés forasters, no tindria més remei...

—Mai! Jamai! Primer...

—Què faria? Que compraria negres?

—Oh! En venguessin!!

V. PI

ECOS

En conmemoración de la Fiesta del Libro, don Angel Apraiz dió una conferencia, en la Biblioteca Popular, disertando sobre el tema: «El arte del libro: El grabado».

© ©

El día 26 de Noviembre, la Orquesta de la «Associació de Música» dió un concierto inaugural de la temporada, en el salón de espectáculos de la sociedad La Alhambra, interpretando obras de Arriaga, Grieg, Beethoven, Bedford, Casals, Di Veroli, Borodine y Brahms.

© ©

El día 24 del mismo mes, un nutrido grupo de socios de la «Casa del Vallès», de Barcelona, se trasladaron a Tarrasa. En dicha ciudad se celebraron diversos actos de confraternidad vallesana. Asimismo el ilustre profesor, aquí tan conocido y admirado, don José Serrat y Bonastre, dió una conferencia que fué muy celebrada.

© ©

El Orfeó Granollerí celebró la fiesta de Santa Cecilia organizando diferentes actos, entre ellos un concierto dado en su local social.

© ©

El jueves, día 25 de noviembre, los niños que asisten a las clases de las Escuelas Graduadas, realizaron una visita a la Exposición Internacional de Barcelona. Los pequeños escolares regresaron muy complacidos de su excursión.

© ©

Don Pablo Vila, el conocido geólogo catalán, dió un cursillo de conferencias sobre estudios geológicos. Dicho cursillo fué organizado por la «Agrupació Excursionista» en su local social.

© ©

El día 13 de diciembre, don Pedro Comas, dió su anunciada conferencia en el local de nuestro Ateneo, sobre «L'obra constructiva dels homes del 93». El exceso de original que obra en nuestro poder para este número, nos impide publicar un extracto de dicha interesantísima conferencia.

© ©

El día 18 de diciembre, en la «Casa del Vallès», de Barcelona, don Ramón Masriera dió una conferencia desarrollando el tema: «La poesía de las ideas».

© ©

El Sindicato de Contra maestres «El Radium», organizó otra conferencia para el día 15, en su local social, a cargo de don Juan Carreras, quien disertó sobre el tema: «La dinámica en una fábrica de teixits».

© ©

El día 14 de enero, la Orquesta de la «Associació de Música» dió el segundo concierto de la temporada en el salón de actos de La Unió Liberal, ejecutando obras de Falla, Beethoven, Mozart, Mendelssohn, Arriaga, Tchaikowsky y Borodin.

© ©

El día 18, la «Casa del Vallès» realizó una visita a Sabadell, y con este motivo se inauguró la Exposición de «Paisatges del Vallès».

© ©

El día 2 del corriente, el Orfeó Granollerí conmemoró el XII aniversario de su independencia, organizando diversos actos en su local social.

Imp. Garrell: Clavé, 25 : Telèfon 23 : Granollers

TOLDOS
 Marquesinas
 Puertas
 Mesas
 Sillas

CONDOM
 GRANOLLERS



Plaza del Oli, 3

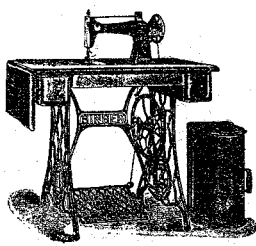
La Fulla per a afaitar
 "PARIS"

no té rival, ni pot tenir-lo
 pel seu secret de fabricació
 especial en l'acer

TALL FINISSIM

4 vegades més de dura-
 ció sobre les altres fulles

De venda
 A totes les cases de primer ordre



MÀQUINES
 SINGER
 PER A COSIR I BRODAR
 Vendes al comptat i a plaços des de
 3'50 ptes. setmanals

Es fan tota classe de reparacions : Venda d'Agulles, Oli,
 Peces i Accessoris : Ensenyament gratuït de brodar
 als compradors d'una màquina

Representant a Granollers : M. Iglesias : Plaça de les Olles, 14
 Exposició i venda : Plaça del Bestiar, 15

FOTOGRAFIA

J. BOSCH

Venda de material fotogràfic

Representant dels Gramofons «PARLAPHON»

Sant Roc, 2

GRANOLLERS

Novetats per a senyora
 CASA MONTAÑA

Ultims dies
 de la
 Gran Rebaixa
 de Preus

Plaça Constitució, 36

GRANJA MARINETTE
 PARETS-LLISSÀ

Despatx a Granollers : Carrer de Clavé, 17

Venda de llet en ampolles
 precintades a 70 cènts. litre
 Llet d'una sola Vaca, sempre
 la mateixa, per a aliment de
 nens i de persones delicades

LLET PASTEURITZADA
 VENDA DE POLLETS

Ous del dia Servei a domicili

Clavé, 17 ; GRANOLLERS

FÁBRICA DE
 GASEOSES
 i SIFONS
 CLOTET
 Dipòsit de la Cervesa DAMM

GRANOLLERS
 Plaça Guimerà, 20
 Telèfon 74

Casa Carbó

Taller d'Enquadernacions
 de luxe i econòmiques
 LLIBRERIA-PAPERERIA
 PLOMES ESTILOGRÁFIQUES
 de tots preus
 SEGELLS DE GOMA
 Encàrrecs per a Barcelona
 DOS VIATGES DIARIS

Carrer de Sant Roc, 15 : GRANOLLERS



SASTRERIA

Teléfono 242

SITJES

GRANOLLERS

Plaça de la Constitució, 28